

M.Sc. María del Carmen González Rivero: Jefa del departamento de Servicios Bibliotecarios, Biblioteca Médica Nacional/Infomed, Cuba. Licenciada en Información Científica y Bibliotecología. Egresada de Diplomado Nacional de Gestión de Información en Salud (GIS); Diplomado de Periodismo Científico; Maestría en Ciencia de la Documentación por la Universidad de Granada, España. Actualmente cursa el doctorado en Ciencia de la Documentación en Universidad de Granada, España.
maria.carmen@infomed.sld.cu

Lic. Raisa Alayo Morales: Especialista en Bibliografía del Dpto. Servicios Bibliotecarios de la Biblioteca Médica nacional/Infomed. Graduada en la Licenciatura en Tecnología de la Salud, perfil: Gestión de Información en salud. Egresada del Diplomado Nacional de Gestión de Información en Salud.
ralayo@infomed.sld.cu

Lic. Sonia Santana Arroyo: Licenciada en Información Científica Técnica y Bibliotecología. Egresada de cursos de postgrado en Informetría; Economía de la Información; Sociología de la Información; Políticas, legislación y ética de la información; Formatos de Comunicación, Metodología y análisis crítico del resumen y Comunicación con los usuarios. Especialista principal del Dpto. de Servicios Bibliotecarios de la Biblioteca Médica Nacional de Cuba y Miembro del Comité Técnico Bibliotecario del Centro Nacional Información Ciencias Médicas/INFOMED.
soniasantana@infomed.sld.cu

Reflexiones en torno a lectores, ¿nacen o se crean?

Reflections on readers; born or created?

M.Sc. María del Carmen González Rivero
Lic. Raisa Alayo Morales
Lic. Sonia Santana Arroyo

Resumen: A partir de los antecedentes sobre la promoción de la lectura, corresponde hacer un análisis en profundidad sobre las causas de la crisis de la lectura y proponer estrategias oportunas para llevar a cabo con éxito la labor de los bibliotecarios/docentes como contribuyentes en el fomento de los hábitos lectores. Para esto es necesario diferenciar la función que cumplen los textos instructivos, los textos informativos y las lecturas entretenidas en el desarrollo de las tareas escolares que promueve el profesor como mediador en la relación del estudiante con la literatura. Mediación que debe estar confiada por una actividad eficaz de la enseñanza de la lectura, continuada y efectiva en sus actividades, que fomente su carácter de técnica de trabajo y que se traduzca en el fomento de la vocación lectora.

Palabras clave: promoción de lectura; lectura escolar; bibliotecario escolar.

Abstract: *This article analyses the causes of the reading crisis and proposes appropriate strategies to carry out successfully the work of librarians/teachers in the fostering of reading habits. For this it is necessary to differentiate the role of instructional texts, informative texts and amusing readings in the development of homework that promotes the teacher as mediator in the student's relationship with literature. This mediation must be committed by an activity of effective reading instruction which promotes the reading character as work technique that results in the promotion of reading vocation.*

Keywords: *promotion of reading; school reading; school librarian.*

Introducción

La sociedad actual dedica atención a las actividades del aprendizaje humano pero con marcado interés en las correspondientes al dominio y perfeccionamiento de las habilidades de la lectura y la escritura. Desde los artículos de opinión, escri-

tos en periódicos y revistas por personalidades de diferentes perfiles —bien por el escritor conocido o por el profesor especialista—, hasta las más variadas ediciones de estudios teóricos, de propuestas didácticas o de investigaciones, nos ofrecen un fiel reflejo de esa importante atención social hacia la lectura, que ha generado tan amplísima bibliografía, prácticamente inabarcable, a la que cualquier interesado por estos temas, sea cual sea su grado de especialización o su punto de vista, puede acceder en la actualidad.

Las autoras del artículo no pretenden hacer un análisis pormenorizado de las principales cuestiones que, en la actualidad, interesan en ese amplio y general debate. Simplemente, se quiso citar aspectos desde una perspectiva, que conviene puntualizar a modo de premisas iniciales sobre la promoción de la lectura.

En primer término, las tan publicadas “crisis de la lectura” y “crisis de lectores”, y con ellas factores más o menos relacionados como los índices de hábitos lectores en la sociedad vigente, la influencia de los nuevos medios de comunicación, las nuevas tecnologías y el futuro del libro.

En segundo término, el rol de la escuela como entidad en la que la propia sociedad ha delegado gran parte de la responsabilidad en materia relacionada a la actividad eficaz de este aprendizaje.

Y como tercer término, el carácter de la formación del lector, acerca del cual, y dentro de ese generalizado debate, existen hoy también argumentos con una crítica que aboga por modificar cuestiones que se admitían de forma universal. Así existen ya diversos trabajos en los que se cuestiona el porqué de imponer unos hábitos de lectura (Mata, 2004), o de considerar lector ideal a aquél que más ha desarrollado el acceso a las lecturas literarias o intelectuales.

¿Crisis de lectura o crisis de lectores?

Buscando responder esta interrogante se pudo reflexionar en cuanto a lo anotado en el primero de los términos anteriores: ¿Existen objetivamente tales “crisis de la lectura” y “crisis de lectores”?

Hace poco en una actividad donde asistimos un grupo de bibliotecarios se planteaba que son considerables las ocasiones que, al cabo de una jornada, cualquier individuo socializado recurre en sus prácticas cotidianas a las técnicas lectoras. Desde la lectura letrero en la parada del ómnibus o de una propaganda pegada en el propio ómnibus, luego en su casa, leer las instrucciones de un prospecto de

una medicina o las noticias en el periódico o acceder a páginas web noticiosas, un mensaje telefónico, o de haber escrito algunas notas o recados de tareas para hacer. Y similar dinámica se repite en los niños que se inician en la adquisición y dominio de estas técnicas.

Es decir, excluyendo al que no sabe leer y escribir calificado como analfabeto, aquél que no ha accedido nunca a esta forma específica del aprendizaje humano, el resto de los humanos socializados demandamos con mayor o menor frecuencia, con mayor o menor dominio, a la lectura y a la escritura. Y ese nivel instrumental cotidiano seguirá siendo necesario en tanto que el hombre pueda y quiera disfrutar de las posibilidades inmensas de sus capacidades intelectuales.

Por tanto, dado que es un fruto humano, la lectura y la escritura necesitan evolucionar y adaptarse a las propias exigencias que justificaron su invención: servir como instrumento de comunicación y de “conservación gramatical” por encima de limitaciones universales y transitorias.

Por eso, al hablar de “crisis de la lectura”, solemos asociar ese concepto con los hábitos afines con la literatura, con el acceso y el conocimiento de las obras y autores clásicos y/o actuales, con los cambios de gustos e intereses en los lectores, y muchas veces la combinación de estos factores con las ventas de libros o con la frecuencia en el uso de las bibliotecas. Y esto suele ser así porque también se está desarrollando el tipo de lector ideal, como concepto vinculado a la capacidad para deleitarse con el acceso a las grandes obras literarias, para emocionarse y conmoverse con las creaciones artísticas basadas en el uso de la palabra, y vinculado también con la búsqueda del contacto sensible con unos los libros en los variados formatos que hoy existen, y encontrar en ellos elementos para una satisfacción sensible.

Según ha transcurrido la evolución de los hábitos de lectura y escritura, no tenemos la intención de comparar entre los distintos momentos históricos e incluso entre distintos ambientes o circunstancias sociales, basadas en cuestiones triviales como “antes los jóvenes leían más que ahora”, o que en un “ambiente social urbano se lee más que en un ambiente social rural...”

No negamos la posibilidad de evidencia para tales afirmaciones, sino que simplemente no atraen nuestro interés, pues preferimos encarar nuestra realidad en nuestras propias circunstancias.

Creemos necesario un replanteamiento crítico de ciertos lugares comunes, pero, sobre todo, no

perder de vista que la lectura y la escritura conforman un instrumento al servicio del desarrollo humano y que la propia sociedad, más que imponer o prestigiar un uso determinado, debe responder a la exigencia de crear las mejores condiciones para que cada lector o escritor pueda aprovechar en su beneficio las inmensas posibilidades de tales técnicas en su desarrollo personal.

Es inevitable, por tanto, cambiar las imágenes o esquemas acerca de lo que entendemos por “lector culto”, a favor de un lector “hábil” o “capacitado” a la hora de saber aprovechar con la máxima eficacia las posibilidades comunicativas que nos ofrecen en la actualidad estas técnicas lectoras y escritoras. ¿Será el momento de empezar a hablar de un nuevo tipo de lector? Surge así el modelo de un “lector-cibernético” en el que se convertirán nuestros estudiantes del futuro, a modo de “fusión de lo técnico, lo orgánico, lo mítico, lo textual y lo político” (Haraway, 2005, p. 121-123), sobre el que, según especialistas engloba una interpretación optimista y otra pesimista. De acuerdo con la primera, el “lector-cibernético” será capaz de leer y dominar los textos literarios y de usar las nuevas tecnologías, es decir, de disfrutar con una novela o un poema impresos y de leer y de disfrutar también, o de satisfacer unas necesidades informativas con un hipertexto. Por contra, la pesimista visión de ese nuevo tipo de lector le contempla dominado por los medios tecnológicos y por la velocidad de Internet en la difusión de informaciones, sin capacidad de discriminarlas, y, sobre todo, sin ser capaz de leer cierto tipo de literatura “tradicional”.

Quiere esto decir que tendrá desarrolladas sus competencias lingüística y literaria básicas, pero rellenará su actividad lectora continuada con las nuevas tecnologías (Fernández Senís y Cerrillo Torremocha, 2005, p. 19-34). La lectura es una determinación personal hacia el conocimiento, pero también los procesos educativos inciden en su desarrollo.

Y ese largo proceso educativo abarca, en nuestra opinión, todo el proceso vital de cada individuo, con un papel importante en ese desarrollo para la escuela y en su labor encaminada a la cimentación de unos hábitos sin los que no puede tener una necesaria continuidad cualquier tarea encaminada a la promoción de la lectura en las distintas capas de la sociedad. Es decir, la responsabilidad de formar lectores hábiles, competentes o modélicos no es competencia exclusiva de la escuela, sino que entre los interesados de ese aprendizaje, esencialmente personal, hay que atender a las aportaciones

desde la familia hasta otras instituciones sociales, como las bibliotecas, los organismos gubernamentales, o los propios medios de información y de comunicación (Petit, 2001).

La escuela y la sensibilidad lectora

No obstante, centrándonos en esa labor de la escuela, hay que recordar como en tal marco, el estudiante utiliza los libros y se enfrenta a una labor sistemática para desentrañar con soltura los complejos significados que le llegan gracias al empleo del código escrito. Por tal razón, los materiales de lectura iniciales deben servirle al estudiante como fuente de las primeras sensaciones gratificantes en su desarrollo instructivo y recreativo. Y la consecución de este objetivo dependerá, no sólo del interés por los contenidos a los que la persona alfabetizada recientemente (neolectora) se enfrente, sino por la gratificación del propio acto de leer. Es decir, se trata de que esos materiales le proporcionen la mejor recompensa a su esfuerzo de aprendizaje, al verse el mismo estudiante capaz de acceder con ellos a los mensajes creados o producidos por otras personas.

De ahí la necesidad de cimentar el aprendizaje de la lectura y la escritura en una auténtica educación de la sensibilidad del alfabetizado reciente (neolector), estimulada no sólo por la actitud positiva de todos los cooperantes sociales en este momento, sino potenciando la acción motivadora de los elementos no verbales o “paralingüísticos” que rodean cada acto de lectura (Poyatos, 2009).

Se trata de realzar el atractivo del acercamiento visual al libro y de encauzar las sensaciones del lector ante la realidad física de ese objeto convertido en soporte de unas imágenes gráficas cuyo significado va a ir desentrañando a modo de conquista particular de sus contenidos y que van a despertar en él esa necesaria sensación “autogratificante”, como mejor recompensa a sus esfuerzos. En síntesis, unido al necesario desarrollo de los aspectos intelectuales propios de la adquisición y dominio del complejo proceso de la decodificación y codificación de los signos gráficos, la potenciación de una lectura “impresionable”.

Y ese tener en cuenta, estimular y respetar las sensaciones del lector, desde sus pasos iniciales, deben informar las intervenciones de todos los agentes, más o menos directos, en este proceso peculiar de enseñanza-aprendizaje. Insistimos, por tanto, en plantear esa particular e irreplicable interacción personal con el libro como uno de los

fundamentos que debemos buscar en ese deseado carácter permanente de la promoción lectora. La conquista del lector hábil, capacitado, independiente, o como pretendamos bautizar al nuevo modelo impuesto por la propia evolución humana, es un proceso, a criterio de las autoras, único e irreplicable en cada persona que nace. De ahí que más que recetas o técnicas más o menos eficaces, debemos poner el punto de mira en el estímulo de las mejores condiciones para el entorno donde cada individuo desarrolla su particular conquista de este instrumento que debe contemplar como cargado de magia o fascinación, y nunca atiborrado de monotonía, hastío o esfuerzos ineficaces.

La labor de los docentes y bibliotecarios

En el apoyo de estos entornos de la lectura, a lo largo de la práctica escolar de la lectura, estamos implicados tanto los docentes como los bibliotecarios, sea cual sea el nivel educativo donde realicemos nuestras tareas. Desde el círculo infantil hasta el aula universitaria, o donde se imparten enseñanzas de un postgrado. Son marcos donde debemos cuidar los aspectos expresivos y sensitivos de la lectura oral —tan mal planteada en muchas prácticas escolares rutinarias—, el momento adecuado para una determinada lectura, el hábito de silencio aceptado y deseado por los propios alumnos para adentrarse cada uno en su personal conquista o recreación de un determinado texto. Resaltamos la idea de que más que buscar técnicas seguros hay que preocuparse por el desarrollo de hábitos positivos generados en cada lector por la experiencia gratificante de una lectura que nos satisface y nos descubre la magia de las palabras.

De ahí también que todos los docentes y bibliotecarios debamos ser conscientes de la necesidad de no limitar la problemática de la enseñanza/aprendizaje de la lectura al momento de su inicio y de su posterior desarrollo en los años de la escolaridad básica, sobre todo por no estar probada una inequívoca relación entre los métodos de enseñanza para la lectura y la escritura y la formación de un buen lector.

Por tal causa, debemos reclamar la implicación de todos los profesores y bibliotecarios en los distintos niveles y materias, para el desarrollo de los hábitos que conforman al auténtico lector, al dominador consciente de técnicas y poseedor de los recursos que le facilitarán su desarrollo personal a través del ejercicio libre de la lectura.

En estos últimos años, el auge creciente e imparable de las tecnologías de la información (TIC) obliga a todos los agentes implicados en la promoción de la lectura a atender a sus nuevas posibilidades.

No se trata de replantear drásticamente sus funciones o sus instrumentos tradicionales, en especial, el papel del libro en este proceso, sino de no desaprovechar ninguna de las positivas potencialidades que ponen a nuestro alcance tales medios. Dicho de otro modo, además del tradicional soporte del libro, los docentes y bibliotecarios actuales debemos plantearnos el empleo de otros recursos que están surgiendo con fuerza extraordinaria en las plataformas Web2.0, como la metodología *e-learning* o las plataformas *webquest*.

Con ellas podemos potenciar y enriquecer, nunca sustituir, reemplazar o disminuir, las posibilidades básicas del libro como soporte físico para las principales modalidades que debemos contemplar en las aulas y en bibliotecas para esa permanente promoción lectora.

Entre los recursos que debemos ofrecer a cada lector en el entorno escolar quisimos comentar ahora las posibilidades básicas que deben reunir los materiales impresos para la lectura escolar. Para un análisis más detallado de sus condiciones, podemos agruparlas en cuatro modalidades básicas:

- Los libros de carácter instructivo.
- Los libros informativos.
- Los libros recreativos.
- Los libros de carácter literario.

Ya señalamos anteriormente que el desarrollo de hábitos lectores, o lo que entendimos como formación del lector ideal, no está en exclusiva, al contacto o a la labor con los libros de lecturas literarias.

Por tanto, no debemos olvidar o minimizar esos otros tipos de lecturas, informativas o relacionadas con las aficiones del estudiante por temas no literarios, puesto que influyen también de modo decisivo en esa clasificación del buen lector. No obstante, comprendemos que nuestros intereses profesionales nos obligan a ocuparnos más de los libros que acercan a estos receptores a las lecturas literarias.

Los textos instructivos en el desarrollo de la lectura escolar

Es conocido el debate sobre los textos instructivos o libros de texto utilizados en las actividades de estudios. Es una extensa controversia centrada,

esencialmente, en su papel en el trabajo escolar y su incorrecta utilización es señalada como el origen de la denominada “enseñanza libresca”, que se basa solamente en lo que dicen los libros y no tiene en cuenta la realidad. Sin embargo, corremos el riesgo de caer en un peculiar “maniqueísmo” al adoptar actitudes que tienden a valorar las cosas como buenas o malas, sin términos medios, si negamos con determinación al libro de texto la capacidad de provocar o sugerir el descubrimiento de nociones y el desarrollo de hábitos entre sus lectores, que vayan conformando unas iniciales competencias lingüísticas y literarias. No obstante, sin entrar en esa discusión, pretendemos reivindicar ahora la correcta utilización del libro de texto para las actividades docentes, incluidas entre ellas la lectura (Padrino, 2003).

La actualización de los libros para la enseñanza de la lengua y la literatura, en los niveles primario y secundario, ha de afectar, como es lógico, a las lecturas literarias ofrecidas en sus páginas. Para lograrlo, la selección o adecuación de tales textos literarios —completos o fragmentos— ha de estar orientada por un planteamiento flexible y motivador del proceso lector, y a la vez, debe servir para estimular, las capacidades creativas de los propios alumnos a la hora de enfrentarse a las lecturas ofrecidas en su libro de texto. Un medio para conseguirlo es que tales fragmentos, o composiciones completas, despierten el interés de los lectores para ampliar después esa lectura realizada.

Para ello, parece oportuno.

- a. Animar el conocimiento o el acceso —si es posible— a la obra original, o bien, sugerir otros autores y otras composiciones similares que hayan abordado el mismo tema o hayan recurrido a similares tratamientos literarios.
- b. Conseguir ese deseable empleo de las posibilidades de las lecturas escolares ofrecidas en los llamados libros de texto, dependerá, no tanto de la calidad intrínseca de ese material impreso, como de la creatividad y de los recursos del claustro (profesor y bibliotecario) que lo emplee. En su mano estará la correcta o incorrecta utilización de dicho material —el libro de texto— que debe ser, ante todo, un complemento eficaz de su tarea.
- c. Del mismo modo, deberá evitar que las lecturas realizadas en el marco general de las actividades de estudios, puedan llegar a ser una actividad rutinaria, impositiva y, lo más doloroso, frustrante de todo el encanto que lleva en sí misma una correcta práctica lectora.

Esos materiales impresos deben ser así, ante todo, un recurso complementario para el profesor y el bibliotecario, pues le permite disponer de los textos o fragmentos oportunos para acercar a sus alumnos a un conocimiento esencial de la literatura. De acuerdo con ello, señalamos tres posibilidades que también consideramos básicas en la presentación de los textos literarios:

1. La recopilación, como colección de fragmentos seleccionados de acuerdo con un determinado criterio;
2. El libro de lectura que combina o hilvana distintos fragmentos en torno a una sencilla historia conductora, escrita con intensión para insertar con una ligera justificación los textos seleccionados y,
3. El libro de lectura como creación original de un autor que acepta el encargo editorial para desarrollar un plan general de lectura, adecuado a los objetivos de un determinado nivel educativo.

De las tres posibilidades explicadas aquí, quisimos defender las posibilidades educativas de la primera: la antología realizada conforme a un criterio que combine el conocimiento de la literatura con la adecuación a la realidad de los intereses y necesidades del estudiante. Sin duda, desde nuestra concepción bibliotecaria de lo que es enseñar literatura, es la más conforme a los medios adecuados para la necesaria familiarización de estos lectores con el verdadero mundo de la literatura.

Para lograr este objetivo, el único camino es el acercamiento de los mejores textos literarios al estudiante. Con las mejores garantías de respeto a la creación original. Con la oportuna y adecuada explicación o justificación de la obra o de los fragmentos seleccionados para el estudiante. Es decir, consideramos que los profesores y bibliotecarios debemos ofrecer al estudiante una información precisa, y a la vez motivadora para el acercamiento al propio texto, sobre la creación ofrecida, sobre las circunstancias en que fue creada, sobre su sentido o valores que presenta en su conjunto y sobre el propio autor, sobre sus rasgos personales o más interesantes o alcanzables para los estudiantes.

Los fragmentos literarios ofrecidos así al estudiante en los libros de lectura, deben despertar en ese lector específico el deseo de conocer la creación completa, de llegar en alguna ocasión al libro del que se ha tomado ese determinado texto. Pensemos también en el profesor, en el caso de que éste quisiera aprovechar otras posibilidades des-

cubiertas en la obra original para la ampliación de las actividades escolares. El mejor medio que se puede brindar a ese profesor o bibliotecario es, desde nuestra opinión, la completa y puntual referencia bibliográfica. No se trata de reivindicar un mero detalle investigador, sino pedir la constatación del rigor y de la honradez empleadas en la propia labor recopiladora, al acudir a las primeras fuentes o a las más fiables, lo que avalaría, además, con fuerza el fundamento propio de un genuino trabajo recopilador: el conocimiento riguroso del panorama global de la literatura.

La segunda posibilidad, un forzado hilo conductor para enlazar o justificar la inclusión de los fragmentos seleccionados, de carácter literario o no literario, requiere una auténtica categoría creativa, una eficaz técnica de exposición y una natural originalidad en esa salvedad argumental, que no empañe así o desmerezca las propias cualidades literarias de los textos seleccionados.

Y en la tercera vía, la creación original y ajustada de intención por su autor a un plan educativo, o de didáctica lectora, los riesgos pueden ser los derivados de un encargo tan condicionado, o bien del espacio limitado para la propia creación literaria. De todos modos, si tales inconvenientes fuesen superados con notoria dignidad literaria, ¿dónde estaría la diferencia de ese libro de lectura con cualquier otra obra no escolar? ¿Sería, en ese caso, conveniente limitar esa especificidad a los rasgos formales de una presentación escolar?

Los textos informativos y la lectura escolar

La clara oposición entre los textos considerados informativos y los literarios contribuye a definir con claridad sus condiciones particulares. Así, reservamos la denominación de lecturas informativas para aquellos textos impresos que enriquecen o complementan el tratamiento escolar de los contenidos correspondientes a las áreas de conocimiento básicas. Son los libros, entonces, que también se denominan, obras de referencia o libro documental.

Sobre esta última realidad, una precisión terminológica. Ese término, *libro documental*, de conocimientos o consulta, suele oponerse al de *libro de creación*.

Este último parece reservarse así para las creaciones literarias, pasando quizá por alto que una obra informativa sobre la vida de los delfines, por ejemplo, no deja de ser el resultado de un proceso de creación, aunque sea con una finalidad más útil.

Durante los últimos años se ha producido un considerable aumento de tales libros infantiles. Ese incremento en el número de ediciones es consecuencia de la misma vitalidad editorial orientada al estudiante como lector, ya bien estimable en los libros de carácter literario. No obstante, y del mismo modo que existe un notorio predominio de obras traducidas entre las ofertas editoriales de carácter literario, en los libros informativos y recreativos dedicados a las primeras edades lectoras, hay muy escasa presencia de autores cubanos.

Es, sin duda, una muestra clara de las dificultades para afrontar la creación de este tipo de obras, que requieren no sólo la labor de un dominador del idioma, de un lenguaje claro, sencillo, asequible a los potenciales lectores y fiel a la objetividad científica, sino que a la vez sea el fruto de un gran especialista en el tema elegido, capaz de conocer y elaborar una información actualizada y saber presentarla al alcance de una amplia franja de edad, donde esa obra pueda cumplir sus funciones de estimular y desarrollar un conocimiento específico.

Por todo ello, el problema esencial de estas lecturas informativas es que sepan acomodar el imprescindible rigor expositivo y una actualización científica, con una presentación y exposición atractiva, capaz de mantener y avivar el interés de sus lectores, y, a la vez, desarrollar en ellos unos hábitos investigadores propios. En Cuba se está desarrollando esta iniciativa con las colecciones de multimedia “Multisaber” un software educativo que se sustentan en la concepción de “Hiperentornos de aprendizaje” y que es fruto del esfuerzo conjunto que se desarrolla con el Ministerio de Educación de Cuba. Está constituida por 14 multimedias que abordan las materias de Matemática, Español, Ciencias Naturales e Informática, para la Enseñanza Primaria. Posee una concepción pedagógica curricular extensiva, encaminada a solucionar problemas específicos de cada ciclo a este nivel. Es muy rica en imágenes, videos y locuciones sobre los contenidos y posee un útil módulo de orientaciones metodológicas para el maestro.

Las posibilidades básicas entre las lecturas informativas —libros de consulta, revistas, nuevos soportes informáticos— representan los medios más adecuados para posibilitar un planteamiento globalizador e interdisciplinar del aprendizaje lector y del aprendizaje académico. De esa forma, tales materiales lectores se convierten en medios muy valiosos para conseguir el necesario activismo de los alumnos y para habituarles a la adecuada utilización de las diversas fuentes y recursos de

información que pone a nuestro alcance la sociedad contemporánea.

Las lecturas recreativas en las tareas escolares

La tercera de las modalidades que, desde la perspectiva antes señalada, debemos atender para el fomento de la lectura en la escuela corresponde a los textos de carácter recreativo. Ese perfil reside en que participan de algunas de las cualidades de las otras dos categorías. Es decir, pueden tener componentes literarios, pero su intención o fin último es aportar una determinada o precisa información, una instrucción o un simple divertimento ajeno a las categorías artísticas de la literatura.

Si los libros de lecturas informativas y libros de lecturas literarias parecen bien aceptados por las propias convenciones bibliotecarias, más imprecisa resulta esa tercera de la condición recreativa en los textos para la lectura escolar.

Enigma natural, pues ese calificativo —recreativa— sirve para una especificación convencional que diferencie unas funciones y características no menos imprecisas en determinados materiales impresos de entre los que tiene a su alcance el alumnado de primaria y secundaria.

De ahí que, con un deseado valor clarificador, valgan como ejemplos de las lecturas recreativas, una variada gama que iría desde las narraciones biográficas —las biografías como peculiar modalidad que participa de la literatura y de la objetividad histórica—, a las obras dedicadas a la dramatización de unos textos literarios, donde además de la correspondiente creación dramática y las acotaciones o explicaciones escénicas de su autor, en sus páginas se añaden indicaciones relativas a la puesta en escena necesaria —música, confección de decorados, ambientación, caracterización de personajes, o bien se formulan propuestas para una auténtica dramatización como proceso creador completo y colectivo de una representación teatral.

También puede ser incluida en esa categoría de lecturas recreativas, entre otras posibilidades, una especie particular de publicaciones dedicadas a los lectores infantiles, el “libro-pasatiempos”, que propone a sus lectores diversas actividades académicas o recreativas, desde accionar determinados elementos materiales en las páginas de los libros —ruedecitas, ventanillas, brazos articulados, pliegues de papel...—, hasta aquellos otros que les proponen “crear su propia aventura”, al poder

elegir entre varias opciones para el desarrollo de la acción o la caracterización de personajes y ambientes.

Ese apunte caracterizador revela la riqueza de posibilidades educativas entrañadas por los libros infantiles, como variado y eficaz complemento de los *libros de texto*, de esos que denominamos *libros escolares*. El libro infantil así entendido cuenta, además, con mayor libertad creadora, al no estar sujeto a las pautas más o menos rígidas marcadas por los programas docentes. Y de ahí también su evidente atractivo para los nativos destinatarios, pues no tienen —no deben tenerlo nunca— el carácter de lo tradicional, de lo impuesto por el necesario trabajo cotidiano.

El importante patrimonio en las publicaciones actuales destinadas a los lectores infantiles, desde nuestro punto de vista, es el resultado de una búsqueda de los editores para encontrar nuevos productos que atiendan a aspectos complementarios a los abordados por los libros escolares y el libro literario. Son consecuencia, además, de un indudable desarrollo editorial que puede contar con un mercado capaz de absorber esa particular oferta de publicaciones, gracias a una demanda generada por unas nuevas necesidades de conocimiento y de información, por un notable desarrollo de la escuela y por la propia evolución de la sociedad.

Literatura infantil y lectura escolar

Quizá la posibilidad más sugerente para la amplia mayoría de lectores infantiles entre los materiales impresos a su alcance, a la hora de desarrollar sus hábitos lectores, corresponda a los libros considerados como de literatura infantil. Enigmático término y espacio más sujeto en la actualidad a una intensa labor de promoción y difusión productiva que a los valores literarios presentes en las numerosísimas ediciones aparecidas cada año en el mercado.

Las posibilidades literarias básicas ofrecidas por los libros para la lectura escolar corresponden —del mismo modo que sucede con las ediciones “adultas”— a los tres grandes géneros o modalidades expresivas clásicas: la poesía, el teatro y la narrativa. Aunque parezca evidente la distinción anterior, conviene enumerar tales posibilidades básicas, para hacer frente así a aquellas otras opiniones, basadas en una apreciable perspectiva bibliotecaria, que consideran al llamado libro documental como parte también de la literatura infantil y juvenil (Escarpit y Vagné-Lebas, 1992,

p. 22-26). La teoría de la literatura ha dejado bien claras las diferencias entre obras literarias —cuya esencia no es otra que el uso especial que se hace del lenguaje en literatura— y obras no literarias, por lo que no creemos necesarias más precisiones al respecto.

En la actualidad podemos afirmar que la escuela reconoce y fomenta las posibilidades de esta literatura para una verdadera formación integral de sus alumnos y en el centro de las esperanzas y frustraciones a la hora de aprovechar y desarrollar las posibilidades propias del entorno escolar, una vez más —como siempre— la figura del maestro y el bibliotecario. No puede ser de otra forma, pues el papel del profesor y el bibliotecario son las esencias ricas y valiosas que mantienen las posibilidades para la consecución de los objetivos señalados.

Y tales posibilidades debemos observarlas desde una triple perspectiva:

- El maestro-profesor-bibliotecario, como modelo de lector y conocedor de la literatura, y en especial, de la literatura infantil, pues este conocimiento no es completo si no disponemos de esa base en la literatura general;
- El maestro-profesor-bibliotecario, como incitador para el encuentro personal de sus alumnos con la literatura, y sin preocuparse para ello por la distinción entre general/infantil, sino por la auténtica adecuación a sus escolares y a los objetivos educativos; y
- El maestro-profesor-bibliotecario, como planificador riguroso de unos objetivos formativos e instructivos en la relación del estudiante con la literatura.
- Al definir esas posibilidades, defendemos el alcance del maestro como mediador en la relación del estudiante con la lectura. Y, en los niveles básicos, esa mediación debe descansar en una eficaz enseñanza de la lectura, continuada y efectiva en sus actividades, que fomente su carácter de técnica de trabajo y que se traduzca en el desarrollo de los hábitos lectores.

La responsabilidad de la tarea docente exige, además, dotar a los estudiantes de unos hábitos de reflexión crítica, para que así desarrollen la capacidad de discernir o diferenciar los valores aportados por una determinada creación. No es suficiente, por tal razón, una mediación o acercamiento que se limite a facilitar el acceso o el encuentro con la literatura. No sólo es animar o trabajar con la literatura. Hay que desarrollar unos gustos literarios y

unos hábitos críticos que generarán unas opiniones o valoraciones que el maestro debe fomentar y siempre respetar, aunque se aparten o sean divergentes con respecto a los criterios habituales o los valores instituidos.

La complejidad de la tarea educativa así registrada, requiere la sólida base de una planificación o de una visión rigurosa de los objetivos que deben ser alcanzados con el fomento y el enriquecimiento de la relación del estudiante con la literatura. Al reclamar esa necesaria planificación de objetivos, no se pretende cumpla una cerrada o estricta programación de niveles, de contenidos y de actividades adecuadas a ese determinado fin. Nada requiere más de la improvisación docente que el cultivar cualquier motivo o situación didáctica en favor de los objetivos propuestos de una completa formación literaria. No debemos caer en planteamientos esquemáticos o rígidos, pero la actividad del docente necesita unos propósitos bien delimitados y una autoexigencia con su labor para conseguir la mayor efectividad (Moreno, 2004). Y con respecto a la actitud del profesor y bibliotecario hacia la denominada literatura infantil, cada uno debe preocuparse por el más adecuado conocimiento de las creaciones literarias, pues sólo así cabe la esperanza de aprovechar las posibilidades educativas que aquéllas ofrecen. No caben mejores referencias o recomendaciones que no sean las derivadas de su conocimiento directo y crítico de las obras que, a su vez, pretende facilitar a sus alumnos.

Es necesario que cada maestro y bibliotecario no olvide que en sus manos tiene la adecuación más eficaz de una creación literaria a la realidad, intereses y capacidades de sus alumnos, que son reales y particulares e irrepetibles, y muy posiblemente alejados de un discutible modelo de lector que puede inspirar la realización de las orientaciones ofrecidas en un determinado plan de lectura, atractivo y cautivador, elaborado por expertos capacitados pero ajenos a esa realidad concreta. De ahí que tales orientaciones sean precisamente eso: propuestas u orientaciones para que sea el profesor o el bibliotecario quien las adapte a la realidad de sus alumnos.

El papel del maestro y bibliotecario en la promoción de la lectura

La publicación del Informe PISA 2003, (al final del párrafo se identifica) ha venido a confirmar datos o impresiones que han marcado los debates educativos en los últimos años. El rigor del trabajo

realizado para llegar a unas conclusiones mucho más positivas en esta área del aprendizaje debe aumentar la preocupación de todos los implicados — familia, escuela y sociedad—, además de justificar la urgencia de un decidido compromiso social en una tarea común y ajena a cambios radicales en los contextos. Por lo que se manifiesta que no es momento de buscar la responsabilidad de un determinado elemento dentro del complejo esqueleto que interviene en el desarrollo de ese aprendizaje (*Organización de Cooperación y Desarrollo Económico. Informe PISA 2003: Aprender para el mundo del mañana*, 2005).

Resulta más realista situar el origen de tales carencias en una labor desatendida o descuidada durante varias décadas.

En un momento de crisis evidente, es razonable plantear que la escuela necesita ahora más que nunca el apoyo y la comprensión del resto de la sociedad para que pueda convertirse en el motor esencial de las acciones convenientes a una fundamental mejora en los resultados de tales enseñanzas.

Dentro de la responsabilidad exigible a los decisores, está el diseño de una formación integradora de los futuros maestros, profesores y bibliotecarios de los distintos niveles educativos (Círculo Infantil, Primaria y Secundaria), orientada hacia un desarrollo de competencias instrumentales y comunicativas básicas en su alumnado. Y es entre ellas donde adquieren especial relevancia las habilidades y dominios relacionados con la lectura y la escritura.

Esta exigencia se hace más fuerte en el mundo educativo nacional e internacional con la reciente publicación de unas disposiciones que esboza que la formación inicial y continua de los profesores y bibliotecarios de los distintos niveles y que, por tanto, marcan el espacio donde debe desarrollarse la capacitación de unos profesionales que, fruto de las deficiencias detectadas por informes como el citado PISA 2003, pueden iniciar tal formación con carencias notables en sus personales habilidades y capacidades relacionadas con la lectura y la escritura.

No obstante, el más completo escenario para dicha capacitación profesional puede convertirse en simple esquema si no se potencia, al mismo tiempo, un cambio de mentalidad y de actitud entre los propios profesores y bibliotecarios, en formación y en ejercicio, para que asuman su condición de modelo imprescindible de habilidades y hábitos lectores y escribanos para sus alumnos. Dicho de otra

forma, más allá de los aspectos metodológicos que han de dominar y emplear con eficacia, los maestros y las maestras, los profesores y las profesoras, bibliotecarios y bibliotecarias, han de convertirse en eficaces colaboradores de esa conquista de sus alumnos y alumnas contagiándoles para ello una pasión, una positiva actitud vital hacia lo que constituye en sí mismo el acto de leer y de escribir como fuente de placer y de enriquecimiento personal.

Se trata de que, además de profesionales eficaces, sepan transmitir e impulsar unas actitudes y habilidades mediante un disfrute compartido de las posibilidades que nos ofrece el dominio del texto escrito.

En resumen, que inviten, más que impongan, a participar de ese extraordinario medio de comunicación, de información y de diversión que es, en sí mismo, el lenguaje escrito. Seguro que si participan de estas actitudes sabrán aprovechar mejor todos los medios, recursos y conocimientos que la propia sociedad ponga a su alcance y encontrarán caminos gratificantes para su tarea. Renunciemos a los lamentos. Exijamos apoyos e impliquemos a todos los órganos sociales. Pero no perdamos nunca la pasión por nuestro trabajo: cooperar en uno de los aprendizajes que proporciona a cada ser humano las mejores posibilidades para su desarrollo personal.

Por tal razón, planteamos la siguiente interrogante: ¿es que se considera que el profesor o el bibliotecario son los únicos responsables de esa tarea?

Conclusiones

Es necesario insistir en la necesidad de que se potencien, mejoren y amplíen las actividades promotoras de la lectura y de la literatura infantil, pero sin forzar el propio proceso personal de la formación del lector. Que se implanten estímulos mucho más sugerentes y eficaces para el arraigo de una crítica orientadora, para el desarrollo de una investigación productiva sobre tales temas —lectura y literatura infantil— y, sobre todo, para que cualquier iniciativa que demuestre una cierta efectividad en la mejora del “ambiente” necesario para una eficaz promoción de la lectura, se incremente y perfeccione, pero que no se dejen sucumbir por simple indolencia o insensibilidad desde las esferas encargadas de su impulso y de su desarrollo.

Propuesta final dirigida a todos los adultos implicados en la relación del estudiante con la lectura y la literatura. No sólo estamos obligados a animar

esa relación, sino que debemos conocer sus fundamentos y el carácter de las creaciones que llegan al estudiante.

Para conseguirlo, debemos proveernos de los mecanismos críticos necesarios y “autoexigirnos” la mejora de nuestra personal aportación, a favor

de las enormes posibilidades educativas de la lectura y del contacto, a través de ella, del estudiante y del joven con la literatura. ■

Recibido: junio de 2012

Aceptado: septiembre de 2012

Bibliografía

Escarpit, D., y Vagné-Lebas, M. (1992). La aventura del mundo. La literatura de información científica y técnica. Los documentales. *Educación y Biblioteca*, 27, 22-26.

Fernández Senís, J., y Cerrillo Torremocha, C. C. (2005). Nuevos tiempos, ¿nuevos lectores? *Ocnos: revista de estudios sobre lectura* 1, 19-34.

Haraway, D. (2005). Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados. *Política y Sociedad*, 30, 121-123.

Mata, J. (2004). *Como mirar a la luna: Confesiones a una maestra sobre la formación del lector*. Barcelona: GRAO.

Moreno, V. (2004). *Leer con los cinco sentidos. El deseo de leer: Propuestas creativas para despertar el gusto por la lectura*. (4ta. ed.). Pamplona.

Organización de Cooperación y Desarrollo Económico. *Informe PISA 2003: Aprender para el mundo del mañana*. (2005). Madrid: Santillana Educación.

Padrino, J. G. (2003). *El libro de texto y el documento didáctico en la enseñanza de*

la Lengua. Ponencia presentada en III Encuentro Nacional sobre el Libro Escolar y el Documento Didáctico en la Educación Primaria y Secundaria. Actas.

Petit, M. (2001). *Nuevos acercamientos a los jóvenes y a la lectura. Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. México, D.F: Fondo de Cultura Económica.

Poyatos, F. (2009). *Comunicación no verbal. Paralenguaje, kinésica e interacción* (Vol. II). Madrid.